

## CAPITULO IV

La guerra está declarada. — El gobierno de Juárez. — Las fuerzas de México. — Pronunciamiento del general Almonte. — Ruptura de la Convención de la Soledad. — Instrucciones dadas al general Lorencez. — Se rompen las hostilidades. — Marcha hacia México. — Entrada en Orizaba el 20 de abril. — “Los soldados mexicanos á los soldados franceses.” — El 5 de mayo: ante Puebla. — Ataque fracasado. — Retirada de 8 de mayo hacia Orizaba. — Informe del general Zaragoza, defensor de Puebla. — Descontento del general Lorencez contra M. de Saligny. — Orden del día del Comandante en jefe. — Carta de Zaragoza al general Lorencez. — Respuesta de este general, del 12 de junio. — Combate del Cerro del Borrego, (13-14 de junio.) — El capitán Détrie. — Ataque de Orizaba por Zaragoza. — Retirada del ejército mexicano hacia Puebla. — Proclamación de Almonte, (15 de junio.) — El comandante Roze en Veracruz.

La guerra estaba declarada.

De un lado, Francia, á la sazón en el apogeo de su poder y cuyo ejército, orgulloso con los laureles obtenidos en Sebastopol y en Solferino, parecía invencible y tenía de ello la convicción, lo que duplicaba su fuerza. Del otro, México, y ni siquiera México entero, ya que una parte de sus nacionales llamaba á la intervención y se preparaba á prestarle ayuda por todos los medios

posibles. ¿No era fácil prever el resultado de esta lucha?

Si, siempre que las cosas humanas se juzguen por las apariencias y siempre que la fuerza material sea siempre la que triunfe en este mundo. No es así, por fortuna, diríamos, si no fuese que Francia debía, en esta ocasión, ser la victima de esa ley. ¡Pueda ella, á su vez, aprovecharla en día no lejano!

Juárez contaba con una fuerza moral considerable: era el gobernante legítimo y, como tal, el sostenido por el partido liberal, sin duda, el más numeroso: la ruptura de la alianza europea le ministraba una nueva consagración, al par que desacreditaba las pretensiones de Francia. Además, contaba con el recurso de poderse mantener en cualquiera parte de ese país inmenso, de ese territorio imposible de ocupar en toda su extensión, que le brindaba por doquiera inaccesibles refugios y seguros abrigos y que le permitiría escapar de sus vencedores y aguardar más venturosos tiempos.

Finalmente, sentíase apoyado, sostenido por su gran vecino, los Estados Unidos; y, á pesar de la guerra de sucesión, podía esperar que éstos le socorriesen directa ó indirectamente, de distintas maneras.

Los franceses, por el contrario, combatían á dos mil leguas de la madre patria. El temor á las complicaciones europeas, así como los violentos discursos de los jefes de la oposición, habrían de unirse para regatear los refuerzos que tendrían de



enviarse á aquel lejano país, precisamente cuando las pérdidas de la guerra, y las mayores que causaba el terrible clima, constituían para el cuerpo expedicionario perpetua y necesaria causa de debilidad.

Tales reflexiones, si es que se hacían, formaban, al principio de la intervención, el monopolio de unos cuantos espíritus ponderados, más prudentes y más reflexivos que los otros. Nadie dudaba del éxito de la expedición, en el que creían, el general Lorencez y, más que el general Lorencez, M. Dubois de Saligny, y más aun que M. Dubois de Saligny, el gobierno de Francia.

El general Almonte, causa oficial de la ruptura que se operara entre los tres aliados, se había quedado con el ejército francés. Se consiguió que se declarase á sí mismo jefe supremo interino de la nación, á lo que no costó trabajo decidirle, ya que jamás un general mexicano ha rehusado revestirse siquiera con la apariencia del poder.

En una proclama que, además de su propia firma, calzaban las de 92 de sus compatriotas, llamó á los mexicanos á la conciliación y les invitó á secundar la intervención extranjera, que habría de restablecer el orden y la paz en su desventurado país. No despertó grandes ecos este pronunciamiento realizado á la sombra de las banderas francesas y su escaso éxito debería haber abierto los ojos á los que se obstinaban en creer en las complicidades del interior.

Fuera de ello lo que fuere, lo importante era obrar. La posición del cuerpo expedicionario se

convertía en crítica. La convención de la Soledad establecía que, en caso de romperse las hostilidades, los franceses retrocederían hasta más allá del Chiquihuite. Esta cláusula era funesta, porque su ejecución equivalía á casi un desastre. En ese momento, en efecto, comenzaba la mala estación: volver las tropas á las tierras cálidas era tanto como exponerse á ver desaparecer, en pocos días, devorado por la fiebre, la mayor parte de su efectivo.

El general Lorencez, contemplando esa eventualidad terrible, tomó audazmente sobre sí la responsabilidad de una ruptura. Más por humanidad que por el deseo de conservar posiciones ventajosas, se apoderó de un pretexto fútil, torpemente ofrecido por el general Zaragoza y denunció la convención. (1)

Esta violación del acuerdo firmado con el enemigo, se verificó el viernes santo, á las tres y media. Es inexplicable el efecto que produjo esa coincidencia en el espíritu de las tropas, y de cuyo efecto hemos tenido informes personales procedentes de algunos de los que entonces formaban parte del cuerpo expedicionario.

Lejos de la patria, aislados en un inmenso país y al principio de una guerra cuyos orígenes y causas no comprendían bien, nuestros soldados, lo mismo que cualquier hombre que se halla en presencia de un peligro desconocido, sentían revivir en ellos los recuerdos de su educación cristiana

(1) Expedición de México, por G. Niox, págs. 137 y siguientes.



y, sobre todo, lo que de ella subsiste con mayor tenacidad, aún en los incrédulos declarados: los terrores supersticiosos. Desde ese instante, se convencieron de que el acto de su comandante en jefe habría de producirles una desgracia y no auguraron nada bueno para esta expedición, que empezaba por la violación de la palabra empeñada. Los hechos vendrían á confirmar tales presentimientos.

El cuerpo expedicionario se puso en marcha (19 de abril). Se componía del 99º regimiento de línea, del 2º regimiento de zuavos, del 1º batallón de cazadores de á pié, del 3º regimiento de infantería de marina, de un batallón de marinos fusileros, de un escuadrón de cazadores de Africa y de tres baterías de artillería.

Había con tanta frecuencia dicho nuestro ministro que con un batallón de zuavos iría desde Veracruz hasta México, que el general Lorencez, cuyas instrucciones eran de no tratar sino en la capital, pudo creerse seguro de llegar allí con esas pocas fuerzas. Se le aseguraba, además, que las poblaciones se levantarían al no más aproximarse él y que los jefes disidentes irían á reunirse con millares de hombres.

Avanzaba, pues, con prudencia, pero también con confianza.

El 20 de abril entró en Orizaba. Allí encontró al general Prim que salía con las últimas tropas españolas. Este espectáculo, después de la emoción experimentada la víspera, no dejó de causar viva impresión á los soldados....

No tardarían en levantarse serios obstáculos ante nuestras tropas. Ya se empezaban á observar indicios de las hostiles disposiciones de la población mexicana. Y para no citar sino uno entre ciento, voy á copiar algunos pasajes de un llamamiento de "los soldados mexicanos á los soldados franceses." Esta hoja suelta, redactada en francés é impresa en México, llevaba fecha de 14 de abril. La deslizaban en las manos de nuestros soldados, sobre cuyo ánimo estaba destinada á obrar. Trataba de separar la causa de los invasores extranjeros de la de los proscritos mexicanos que les habían llamado y les servían de guías.

Este documento ha permanecido casi ignorado y sin embargo, así por su estilo, como por las ideas que externa, merece que se le reproduzca, siquiera sea en parte:

"A vosotros, soldados de Francia, á vosotros, hijos del pueblo más simpático del mundo, de esa nación grande y civilizadora que, por su inteligencia, su amor á la libertad y sus humanitarias tendencias, ha hecho temblar en otros tiempos á todos los déspotas y á todas las monarquías de Europa; á vosotros, decimos, que, por mil razones deberíais de ser nuestros mejores amigos; venimos á explicaros, nosotros los soldados mexicanos, en este solemne instante que debe preceder á nuestro encuentro en el campo del honor, de qué manera habéis sido engañados y á haceros comprender la justicia de la causa en cuyo nombre nos vemos precisados á repeler vuestra agresión."



Tal comienza el manifiesto. Luego truena contra "los informes visiblemente parciales é interesados de los señores de Gabriac y Saligny, Almonte y Pacheco . . ."—"Sí, lo repetimos sin temor: desde Clodoveo hasta Luis Felipe, ninguno de vuestros reyes ha sido engañado de una manera tan indigna como vuestro actual soberano." Sigue una diatriba violenta contra un "mexicano infame"—Juan N. Almonte—que busca el poder para ir á depositarlo á las plantas del archiduque Maximiliano; contra M. Dubois de Saligny, á quien se acusa de mentir al Emperador con el más miserable de los fines "para satisfacer la avaricia que le domina." Y el manifiesto concluye con una muy bella figura, en la que se encuentra una invocación á Lamartine y que acaba con esta frase efectista:

"Sea ya como víctimas, ya sea como sacrificadores, defenderemos dignamente, convencéos, la tierra sacrosanta que nos ha dado vida!"

Este llamamiento no era sino un síntoma de las disposiciones del país, sobre las cuales los diplomáticos se habían engañado del modo más grosero, según á veces les ocurre. Ya el general Santa Anna, viendo cual pasaban los primeros efectivos de desembarco, escasos, sin mucho de medios de transporte ni de provisiones, mal organizados, no había podido dejar de manifestar su sorpresa ante el hecho de que, con tales elementos se intentara una expedición al interior: "¿Se figuran acaso los europeos que los mexicanos

están todavía armados con flechas y rompecabezas?" (1).

Lo mismo pensaban las gentes de poco más ó menos que se hallaban más al corriente de la verdadera situación que nuestro ministro, como, por ejemplo, ese mozo de Veracruz que decía á nuestros oficiales:

—Créanme ustedes: son ustedes pocos, para marchar hacia México: corren riesgo de no llegar (2).

Estos hechos, pequeños de por sí, constituían, sin embargo, graves indicios, los cuales no se quiso tener en cuenta.

Entre tanto, y poco á poco, la resistencia se organizaba por todas partes, ante los franceses. El general Zaragoza, con doce mil hombres, se aprestaba á defender con vigor á Puebla, ciudad situada en el camino de Veracruz á México y la más importante del país, después de la capital.

Hasta resolvió detener á nuestras tropas en su marcha, antes de que llegasen á la vista de Puebla, y, como conocía admirablemente el país, escogió, para infligirlas una primera derrota, la admirable posición de las Cumbres de Acultzingo, donde todo coexistía para facilitar la defensa. El camino, en efecto, forma en este lugar treinta y ocho recodos, sobre una cuesta tallada á pico y cuya altura es de 800 metros, poco más ó menos.

(1) G. Niox, pág. 62.

(2) El cuerpo de Lorencez ante Puebla, por G. Bibesco, pág. 29.



Se dirigió á ese lugar con cuatro mil hombres de infantería, doscientos jinetes y diez y ocho piezas de montaña. Se lisonjeaba con la esperanza de aplastar, desde esa elevada posición, al débil cuerpo francés y la cosa, por cierto, no parecía del todo difícil.....

Tan pronto como advierten al enemigo, los soldados mexicanos, ocultos en los repliegues del terreno, tranquilizados por la idea de que éstos son inexpugnables, le acogen con nutrido fuego.

Los franceses, metidos en algo semejante al fondo de un embudo, encuéntranse expuestos por todos lados á las balas: la situación es grave. No hay sino un medio para salir del embudo: tomarlo á viva fuerza.

Tal es el partido que resueltamente abraza el general Lorencez. La empresa es audaz, pero la bravura de nuestros soldados, excitada por sus jefes, hará que el éxito la corone.

Lleno de calma en medio de los proyectiles que se disparan contra el grupo formado por su Estado Mayor, el general ordena á los cazadores de á pié que suban por la derecha, la pendiente de la montaña, en tanto que el 2º de zuavos habrá de escalarla por la izquierda á fin de dar vuelta á la posición, y que el 99º de línea y los fusileros de marina habrán de atacar de frente, tan pronto como los disparos suenen en las alturas.

Necesítase de toda la destreza, de todo el valor, de toda la energía de nuestros soldados, para salir avante en esta ascensión, contemplada casi como imposible. Mas nada resiste á su impul-

so. A las cuatro de la tarde el enemigo ha sido derrotado y, por la noche, el general Lorencez acampa con el 99º de línea en Puente Colorado, más allá de ese paso que habría podido detener por largo tiempo su marcha.

Al día siguiente (29 de abril) le alcanzó en ese punto el correo de Francia, que le llevaba su nombramiento de general de división. La buena suerte suya quiso que recibiese esta honorífica distinción, en el teatro mismo de sus primeras hazañas y de su éxito primero.

No venía á ser la recompensa de su valor, puesto que el gobierno se la había otorgado desde antes que comenzaran las hostilidades: era más bien el testimonio de la satisfacción que sintiera el gabinete de París, leyendo sus despachos. Seducido por los decires de M. Dubois de Saligny, el general no hablaba en ellos sino de su confianza en el triunfo de la intervención y de la política francesa y ya se sabe que ese lenguaje era grato á las Tullerías.

Llevaba también el correo otros despachos concebidos en sentido semejante: se desaprobaba en ellos la convención de la Soledad y se censuraba la conducta del almirante Jurien de la Graviere. Se despojaba á éste de toda dirección en el asunto, al par que se le invitaba á recobrar el mando de la división naval, á menos que no quisiese volver á Francia. El valiente marino aceptó este último partido y, con tristeza, volvió á Veracruz, donde se embarcó. Para desgracia de nuestras armas, la influencia de M. Dubois de Saligny



podía más que la moderación y que la habilidad prudente del Almirante.

El éxito obtenido en el primer encuentro con las tropas mexicanas, embriagó un tanto al general Lorencez. Creyó haber roto el único obstáculo que se le pudiera oponer y, lleno de confianza, prosiguió su marcha. Los días siguientes, le sirvieron de etapas La Cañada, San Agustín del Palmar y Quetcholac (1). El 4 de mayo entró en Amozoc, y el 5, á las nueve de la mañana, llegó frente á Puebla á la cabeza de su columna, y acompañado por M. Dubois de Saligny y por el general Almonte.

Solemne era el instante, porque por fin se iban á tener informes acerca de las verdaderas disposiciones del país. Ni nuestro ministro, ni el supremo jefe interino de la nación, manifestaban la menor duda acerca de ellas. El general Márquez y numerosos disidentes vendrían muy pronto á brindarnos su adhesión armada: en cuanto á la ciudad de Puebla, contábamos con las simpatías de sus habitantes, los cuales se disponían todos á abrirnos las puertas de la población.

Todavía insistían en afirmarlo así M. Dubois de Saligny y el general Almonte al general Loren-

(1) El itinerario de Orizaba á Puebla había sido preparado, merced á los cuidados del general Lorencez, con notable precisión. Todas las particularidades de la ruta estaban señaladas en él. Hubiéramos querido reproducir ese documento, interesante sobre todo para los militares; pero hemos debido abstenernos por temor de engrosar mucho este libro.

cez, cuando de la terraza del convento, que se halla á la derecha de la ciudad, sobre el cerro de Guadalupe, partieron varios disparos y cuando tres granadas vinieron á caer á pocos metros nada más que de nuestra vanguardia.

He ahí que las dudas se disipan y que ya no es posible equivocarse acerca de los decires de nuestro ministro, ni acerca de las disposiciones en que se encuentran los habitantes de Puebla. La verdad es que se preparan á oponernos vigorosa resistencia y que se preparan á recibir á las tropas francesas, no con ramos de flores, como se ha repetido tantas veces, sino con balas y granadas.

El contraste entre semejante recepción y lo que se esperaba que sería, causa admiración, sorpresa, tan profundas como penosas. ¡La aventura se va volviendo trágical

Y bien, ¡seal — se dicen todos los que componen el pequeño ejército — puesto que es preciso batirse, batámonos! Y cada uno toma sus disposiciones para el combate.

Un reconocimiento, realizado con rapidez, determina al general á atacar ese convento de Guadalupe, transformado en fortaleza, que domina la ciudad desde sesenta metros, más ó menos. Con todo se otorga á las tropas una hora de descanso para que tomen café; la artillería, sin pérdida de tiempo, se forma en batería, delante de una zanja, á la derecha del camino y á poca distancia de la hacienda de Rementería, que es ocupada en seguida por el servicio de ambulancia.

El fuego se abre algunos instantes después del



medio día y durante una hora, nuestros bien dirigidos obuses estallan sobre las torres de la iglesia del convento y producen serios destrozos entre sus defensores. La artillería recibe entonces orden de aproximarse: avanza á 2,000 metros de las murallas para batirlas en brecha; pero los accidentes del terreno quitan á sus disparos la precisión que tenían.

Gástanse las municiones sin mayores resultados: el general Lorencez se decide á dar un golpe de audacia. Bajo nutridísimo fuego que no basta para contener su impulso, se lanzan dos columnas, compuestas de zuavos y de cazadores de á pie, al asalto de la fortaleza. Pronto escalan las murallas y nuestros tres colores flotan un instante al borde de las fortificaciones.

Mas quien logró plantarlos allí, rueda pronto por el foso. La iglesia del convento se ha transformado en un reducto inexpugnable, ante el cual se estrella el valor de nuestros soldados. Heridos á quema ropa, cógeles por detrás el fuego del fuerte de Loreto y el de dos regimientos de infantería mexicana. En vano acude á socorrerles la reserva, compuesta de marinos: ella sufre á su vez pérdidas importantes. La lucha prosigue, sin embargo; pero una tormenta espantosa que de súbito se desencadena, hace más mala y peligrosa la situación; los asaltantes se resbalan en un terreno mojado por la lluvia. La posición se hace insostenible. El ataque ha fracasado y ante el número de los defensores, á los que el éxito llena de audacia, parece una locura el continuarlo. No se

lograría otra cosa más que convertirlo en desastre.

Lo comprende así el comandante en jefe y se resigna á ordenar la retirada, cuyos movimientos dirige el coronel Gambier con grande sangre fría. A las cuatro de la tarde, nuestras tropas, en orden admirable, bajan por las pendientes de Guadalupe. Se ha escollado; pero gloriosamente: 465 hombres han quedado tendidos en el campo de batalla.

Antes del anochecer, se han levantado todas las tiendas, frente á Puebla, alrededor del convoy inmenso de víveres y bagajes que el ejército se ve precisado á llevar consigo.

Jamás olvidarán los que allí vivaquearon, la amargura de esa silenciosa noche de duelo en el campo, en tanto que llegaban los gritos de regocijo que, mezclados con las coplas de la Marselesa, y con la música de este himno que ejecutaban las tropas mexicanas, partían de la ciudad, donde se celebraba un triunfo inesperado! Durante tres días permaneció allí la columna francesa, orgullosamente, cual si quisiera desafiar cualquier ataque, y los mexicanos á los que sólo sus murallas habían protegido, no salieron ni una vez. ¡Con qué ansia deseaba el pequeño ejército que le asaltarán sus vencedores de la víspera y qué revancha hubiese tomado en una batalla á campo raso!

Sin que se realizara esta esperanza, el ejército se vió precisado á resignarse á levantar el campo. El 8 de mayo, á las 4 de la tarde, comenzó su movimiento de regreso hacia Orizaba, á donde



llegó el 18 y en donde se estableció, en espera de los refuerzos y del material de guerra que para lo sucesivo se reconocían ser indispensables.

Ese mismo día, tuvo una ligera compensación de su fracaso del 5 de mayo. El general Tapia creyó poder atacar á un batallón del 99º de línea, que á las órdenes del comandante Lefevbre, formaba la retaguardia de la columna. La escaramuza fué de corta duración; pero los mexicanos no tuvieron sino que lamentarla, puesto que perdieron doscientos hombres entre muertos y heridos y puesto que se les hicieron 1,200 prisioneros. Ese combate, llamado de la Barranca Seca, devolvió alguna confianza á las tropas francesas, al par que hizo saber á los enemigos la inconveniencia de atacarlas cuando no tuviesen á su favor la superioridad excesiva del número, así como la protección de las trincheras.

Se ha criticado con viveza el modo con que el general Lorencez manejó el ataque de Puebla. No cumple al propósito de este relato el abordar problemas de estrategia retrospectiva, para lo cual, por lo demás, carecería el autor de competencia. He de limitarme á citar, á título de documento curioso y, sobre todo, mal conocido, porque no sé que hasta ahora se le haya publicado íntegro, el informe que el general Zaragoza, triunfador del 5 de mayo, envió al ministro de la guerra, con referencia al hecho de armas de ese día.

“Ejército de Oriente.—General en jefe.—Después de mi movimiento retrógrado que emprendí

desde las cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á vd. El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto di mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar las fortificaciones de la plaza, que hasta entonces estaban descuidadas.

“Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general C. Miguel Negréte, que con la segunda división de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, y á su mando, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020, toda infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos, que mandaba el C. general Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

“A las cinco de la mañana del memorable día 5 de mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que había yo determinado, y verá vd. mar-



cada en el croquis adjunto: ordené al C. comandante general de artillería, coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. comandante militar del Estado, general Santiago Tapia.

“A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con dos baterías, y otra pequeña de 1,000 amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de manobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia, que la brigada Berriozábal á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquéllos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al batallón Reforma de la brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de la misma brigada le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas efectuaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería, situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarra-

mente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

“Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

“El C. general Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: mandé, por tanto, hacer alto al C. general Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

“Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

“La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho ó diez prisioneros.